

Tan igual, tan igual, que parecía un milagro. Y cuando de pronto empezó a recordarle cosas, cosas que la otra ya había hecho hacía más de cuarenta años, le dio por pensar que aquello no era casualidad, que allí había algo raro que no podía comprender. Y fue entonces cuando se le ocurrió que a lo mejor era la misma perra que había vuelto, y cuando empezó a rumiar aquella tonta idea de que morir era tan sólo empezar de nuevo.

Miró el reloj. Las seis menos veinticinco. Era extraño, pero había dormido una hora casi sin darse cuenta, sin tener conciencia de haberse dormido. Porque esta era otra de las cosas que le ocurrían últimamente: que algunas veces estaba en la cama, pensando que no había pegado más que una cabezada y, de pronto, miraba el reloj y resultaba que había estado cinco o seis horas atroncado; y otras en cambio, que por la cantidad de cosas que había soñado se figuraba que ya había pasado la noche, resultaba luego que no hacía ni diez minutos desde la última vez que miró el reloj.

Pero ahora eran ya las cinco y media pasadas, y si quería ir de caza había que pensar en levantarse. Seguía lloviendo, aunque parecía haber amainado un poco. A lo mejor, con un poco de suerte, terminaba escamando. Además que, para desvertirse, siempre había tiempo.

Antes, en días tal que este, no tenía que levantarse siquiera, porque ni se acostaba. Tras la cena, empezaba con los preparativos: cargar y rebordear los últimos cartuchos, ensebar las botas y los leguis, limpiar y engrasar la escopeta, preparar la bici, la fiambrera, la bota de vino, el morral y la canana. Cuando al fin lo tenía todo dispuesto, y tras cerciorarse de que no faltaba nada, resultaba que eran las dos y media o las tres y para esa hora ya ni merecía la pena acostarse. Porque entonces no era como ahora, que se mete uno en el coche y enseguida se está en el cazadero. Entonces había que coger la bici y chuparse diez o quince kilómetros despacito, para no reventar a los perros, con lo que las dos horas no había quien se las quitara a uno, y si quería llegar con el alba tenía que salir de casa antes de las cinco. Ahora la caza se había hecho cosa de señoritos. Claro que señoritos también los había antes, pero esos eran otra historia; con sus vedados y sus ojeos, no tenían nada que ver con ellos. Pero lo que se dice cazar, patear el monte con el perro al lado, eso sólo era para los cabales, los que llevaban la caza en las venas; no como ahora que, con el coche, cualquier ciegaliebres se lanzaba al campo...

Así que, a las dos y media, ya con todo preparado, se sentaba en la camilla con una copa de anís, y allí se estaba pitillo tras pitillo esperando el silbido del compañero. Y él se decía que había que prepararlo todo bien, pero de sobra sabía que eso sólo era una excusa, porque en realidad podía prepararlo todo en mucho menos tiempo y acabar antes. Lo que ocurría es que, en el fondo, no quería acostarse, pues de sobra sabía que no iba a poder pegar ojo. Y es que esa era otra, que qué tendría aquella endemoniada caza para que un año sí y otro también le entrara a uno esa desazón y ese hormigueo la víspera de la desveda; que era como cuando de chaval quedaba uno con una chica por primera vez, pero más fuerte; porque con las mujeres uno se serenaba con la costumbre y el paso de los años, pero lo que es con la caza uno no se serenaba nunca.

Aunque desde hacía algún tiempo ya no era igual. Ya no le entraba aquella desazón que le mantenía toda la noche de imaginaria y, aun cuando tarde y nervioso, se acostaba y podía dormir. Y no es que no le sacase gusto a la caza, no. Es que últimamente se

encontraba tan cansado de todo, que ya no le desvelaba nada. Era curioso cómo se iba perdiendo la ilusión por las cosas. Cualquiera día, al despertar, se iba a encontrar con que ya no le gustaba la caza; y entonces sí que podría decir que ya no le quedaba nada y que sanseacabó.

Miró por la ventana. Ahora casi no llovía, un simple calabobos. El reloj de péndulo que se había traído de la casa de los padres marcaba las seis menos cinco. Le agradaba escuchar el grave y rítmico ton-ton del péndulo en su continuo oscilar. De algún modo aquel reloj era distinto de las otras cosas de la sala; de las sillas, la mesa o el aparador. Tenía algo que no tenían las demás: aquel movimiento que, de alguna manera, le hacía vivo; que le daba la impresión de que era algo vivo y le prestaba compañía. Era como aquel sillón en el que se sentaba siempre y donde se quedaba tan frecuentemente tras-puesto. También éste, el sillón, tenía algo vivo: el calor, su propio calor que, después de tantos años, parecía haber ido almacenando mientras lo perdía su cuerpo y que ahora, como si se tratase de un amoroso regazo, se lo transmitía. Y si el reloj era como un amigo que le acompañaba, el sillón era como una mujer que le ofrecía su ternura. Por eso no le gustaba que nadie se sentara en él; ni siquiera sus hijos...

Era aún demasiado pronto para salir, porque con el coche se ponía en un periquete en el cazadero, y a ver qué hacía el allí, sin luz y chispeando. Claro que ya no era como antes, cuando, allá en Castilla, era capaz de irse a la sierra en plena noche para que nadie le madrugara el cazadero. Nunca se le olvidaría una de esas noches, en que, mira por donde, se adelantó la nevada... Recordaba los copos cómo puños, y la ventisca que cegaba, y cómo no había forma con aquella nieve y aquel ventarrón de encender el fuego... Recordaba al maestro armero del regimiento —su pareja de entonces— gruñendo y maldiciendo aquella ocurrencia suya de hacer noche en la sierra; y cómo de pronto llegó hasta ellos el aullido del lobo, ese gemido largo, que se le mete a uno como un mal frío y le deja la piel de gallina y el pelo de punta. Recordaba cómo empezaron a caminar a tuestas hasta que al fin dieron con la cañada y cómo le dijo el armero: «No lloriquees más, que de ésta salimos. Ahí abajo está la majada donde pasaremos la noche». Recordaba cómo doscientos metros antes de llegar al aprisco comenzaron a ladrar los mastines; y cómo enseguida los tenían ya encima, las dos mayores fieras que vio en su vida; y cómo su compañero, sin atreverse a dar un paso, le gritaba: «¡Vámonos, vámonos, que no está el pastor y éstos nos destrozan!»; y cómo él replicó: «Tú haz lo que quieras; pero yo paso la noche en la majada pues prefiero que me destrocen los mastines a quedarme tieso y que los lobos me limpien hasta los huesos». Recordaba cómo poco a poco se fue haciendo con las dos fieras, apuntándolos con la escopeta, el dedo en el gatillo para un último extremo pero sabiendo que no sería necesario porque de sobra sabe un perro lo que es un arma; y, al par que los amenazaba, hablando tranquilo y cariñoso, con aquella forma especial que él tenía de hablar a los perros que enseguida les daba confianza; y así, con amenazas y con halagos se los ganó de una manera que a la mañana ya comían en su mano, después de que pernoctaran en el chozo; que si no es por eso, de aquella noche no salen. Y recordaba, en fin, cómo se reía viendo la cara del pastor cuando al siguiente otoño le contó que había pasado la noche en su chozo; cómo juraba y perjuraba que aquello no era posible, y tuvo que darle detalles de todo lo que había en su cabaña e incluso de cómo le habían tomado una loncha

del pernil de cabro que tenía en cecina; y cómo el hombre le miraba como a un bicho extraño y todo era decir que si alguien le hubiera contado que, sin estar él allí, y con sus perros, alguien se había acercado siquiera a su majada, le habría llamado embustero; pero después de todas las señales que le había dado tenía que creerle; y eso, una de dos, o es que había hecho pacto con el Malo, o que había nacido con la Cruz de Caravaca...

Abrió los ojos sorprendido. Otra vez se había quedado traspuesto. Miró por la ventana. Había cesado la lluvia y comenzaba a clarear. Seguro que se despejaba el día. Era cosa de salir de una vez.

Ya dispuesto, con el morral en la mano y la escopeta al hombro, abrió la puerta del cuarto de la *Mora*. ¡Cosa más rara! La perra continuaba echada, sin hacer por levantarse, sin tan siquiera menear el rabo. Tan sólo alzó la cabeza y le miró con una mirada triste, una mirada desganada, como si le pidiera que la dejase en paz, que no la obligara a moverse. ¡Sólo faltaba eso; que se hubiera puesto mala la perra! Porque tenía que estar enferma para comportarse así. Claro que ella tampoco era la de antes, que en cuanto venteaba la escopeta se ponía como loca, saltando y ladrando, con unas alegrías que no había forma de sujetarla. Con los muchos años ella también se había vuelto más tranquila, más reposada. Pero, eso sí, con todo no daba lugar ni a que la llamase. Cuando abría su cuarto ya la encontraba junto a la puerta, moviendo la cola y con los ojillos brillantes de gozo. Pero esto de ahora; esto de entrar ya preparado, con la escopeta al hombro, y que ella continuase tumbada, mirándole con un aire cansino, era algo que no había ocurrido nunca, algo que no podía comprender a no ser que estuviese enferma.

Se acercó y comenzó a acariciarle la cabeza y a hablarla de aquella forma especial que el tenía de hablar a los perros. No hablar por hablar, sino hablarlos con el convencimiento de que le comprendían, de que se enteraban de lo que les estaba diciendo. «Vamos *Morita* ¿Qué te pasa? ¿Estás mala o es que te haces la remolona? Anda, vieja, no vayamos a fallar el primer día». El animal le miraba y miraba, hasta que, de pronto, se levantó. Le tanteó el cuerpo para ver si se quejaba. No, no parecía que tuviese dolores, que estuviera enferma... Incluso empezaba a animarse, a mover alegremente el rabo... ¡Cosa más rara! Serían los años, aunque quiso recordar que ya otra vez había hecho lo mismo. Sí, ahora le venía la idea de ello, aunque borrosa, sin saber cuándo ni dónde ocurrió.

El dos caballos se puso en marcha escandalizando a toda la vecindad. Debería cambiar el tubo de escape; bueno, debería cambiarle un montón de cosas, aunque para ello necesitaba dinero y, ¿a ver de dónde? Porque también le pasaba al coche lo que a la perra y a él: demasiados kilómetros y demasiados años. El camino por el que ahora iba, lo hacía solito, sin necesidad de conductor. ¿Cuántas veces habría hecho él aquella ruta de las minas? Primero con el camión, cuando trabajaba para la compañía; luego, cuando se jubiló, con este dos caballos que le pasó su hijo y que para salir al campo le había venido como caído del cielo. Y a ellos también les había venido bien —pensó—; también se habían aprovechado lo suyo del cochecillo. Porque entonces, cuando se lo regaló su hijo, ninguno de ellos tenía coche, y, además de aprovecharse del vehículo, se pirraban porque estuviese en la partida, porque hacía ocho o diez años aún tenía